

# El río y el viaje

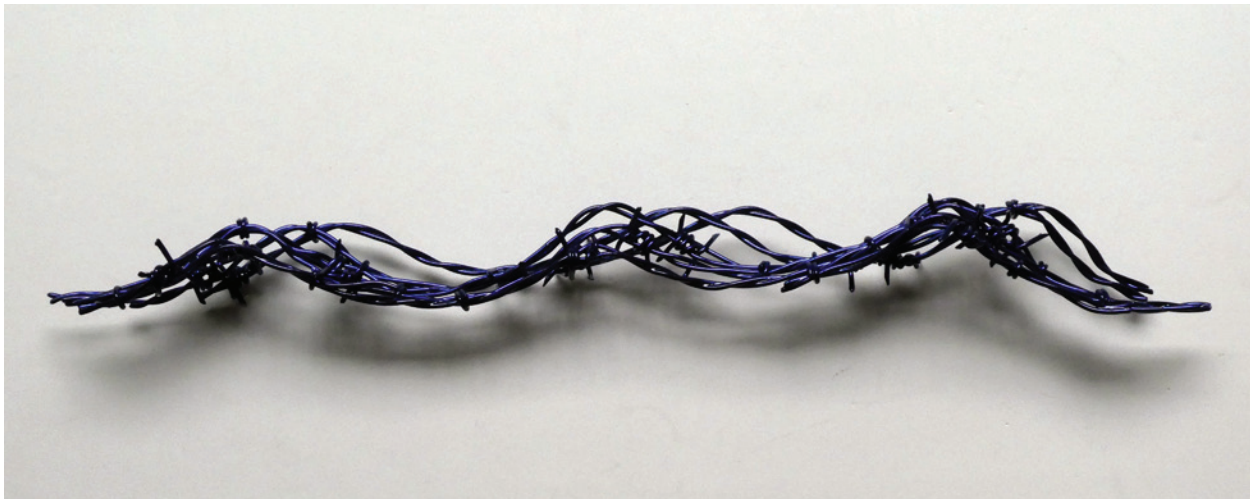
Felipe Restrepo David

Para *Leonardo Muñoz*

1

Llegar a la desembocadura del río Amazonas en el Atlántico, en el Pará brasileiro, es una imagen que se queda con uno. Me ha gustado embelesarme con mitologías, y creo que ese lugar merece un adjetivo como pocos: titánico. Uno no sabe muy bien cuándo esas aguas, las del río y las del mar, comienzan a encontrarse, a confundirse, a arrastrarse; el caso es que de pronto las olas se levantan como paredes, altas, gruesas, albrestandas por el viento. El buque en el que iba aquella vez, para mil quinientos pasajeros, uno de los más grandes, subía y bajaba como mataculín. Los que primero hacíamos el viaje, como yo, veíamos con emoción y pánico ese paisaje, pues las orillas se alejaban cada vez más, y solo imaginarnos en el agua, con esas corrientes y distancias, nos hacía temblar las piernas. Los veteranos de la ruta, en sus hamacas, se mecían con el movimiento; esa fue, lo supe después, una de las primeras muestras del envidiable relajo brasileiro, al menos el nordestino. Pero junto a esa desembocadura hay algo más que recuerdo con más igual o más intensidad. Se trata de los camarones de agua dulce. Los vendían los indígenas: aparecían como de la nada en sus canoas, entraban al río para acercarse al buque; salían de esos cientos de caños que alimentan al río, y asimismo regresaban a ellos, era como abrir y cerrar una cortina. En muchas ocasiones, según el trayecto, creí ver familias enteras de diferentes tribus. Y a pesar de que vendían esos camarones bien baratos, éramos pocos los compradores; a muchos vi comiendo la sopa

medio sintética que vendían recalentada en microondas en el buque, en tarritos de colores, con un pedazo de pan casi siempre duro; otros llevaban su comida y la iban preparando por grupos en rinconcitos. Desde el primer momento me lancé por los camarones. Uno no cruzaba palabras con ellos: mostraban con los dedos el número tres. Yo entregaba, entonces, tres reales, y me daban mi bolsa: ahí estaban, rojitos, cocinados a sal y agua, no más. Cuando abrí por primera vez mi tesoro descubrí a unos deliciosos animales que me supieron a gloria; los comía pequeñitos, jugosos, pues dejaba los más grandes como postre. Una vez, recuerdo con la boca hecha agua, venía uno del tamaño de mi mano: fue como un regalo de los dioses de la selva, me sentí bendecido; ni quería comérmelo, solo llevarlo conmigo como compañero, hablarle, consentirlo, pero la tentación fue más grande y lo devoré poco a poco. Durante cuatro días que duró el viaje de Manaus a Belém, esa fue mi comida: camarón y cerveza. Los amigos y conocidos que día a día tenía, entre la confianza y el idioma que se aflojaban en mí, insistían ante mi glotonería camaronesa: “*você nem sabe, vai devagar com esses animais aí, eles podem fazer mal pra barriga*”.<sup>1</sup> Pero la verdad sea dicha, no tenía motivos para enfermar: la alegría de mi viaje ante la incertidumbre de lo nuevo, la euforia de reconocerme un pequeño aventurero que había dejado todo atrás en busca de no sabía muy bien qué, ese vivir en tensión durante aquellos días fue como una protección. Quería tragarme ese mundo amazónico y también ser tragado por él. Es curioso, no es fácil encontrar en los relatos de viajes grandes o pequeños episodios de enfermedades de los mismos viajeros (aunque los hay, por supuesto); la impresión que tengo



Santiago Vélez. *Mediterráneo. El mar que se convirtió en frontera*. Escultura en alambre de púas. 7 x 50 x 5 cm. 2018

4

es que hay tanta vida volcada hacia afuera, que esa intensidad funciona a veces como antídoto; solo a veces, digo. Y después entendí también, con el tiempo, que viajamos sobre todo con el cuerpo, que el viaje mismo es el cuerpo y que son las ideas las que cambian (cuando lo permitimos), pero sobre todo la sensibilidad. Por eso, cómo no creer que Odiseo lloró cuando se supo en las playas del país de los feacios, después de sobrevivir a tremendo naufragio.

## 2

Ríos, viajes y literatura: mezcla fascinante. Basta revisar narraciones, reales e imaginarias, para construir una colorida antología de ríos originarios y fuentes de vida, a veces como aguas de pasaje o como final de un destino. El Aqueronte, por ejemplo, es una poderosa metáfora del dolor con sus almas ahogadas y deterioradas en sus honduras. El Apaporis, sinuoso, demorado, guarda secretos de una primera madre, protectora de cielos y tierras. El Danubio, narrado por Claudio Magris, arrastra un pasado, y en su corriente lleva la construcción cultural e histórica de uno de los rostros de Europa: el este. El río de La Plata, confluencia de muchos más (del Paraná y del Uruguay), es para Juan José Saer, en *El río sin orillas*, la suma

de una identidad que se diluye, escurridiza, en las tierras del sur. El Xurandó de *La nieve del almirante* de Álvaro Mutis no esconde más que trampas que son reflejo de las sombras y melancolías de quien se entrega a él, Maqroll. El Magdalena de *El amor en los tiempos del cólera* de García Márquez, “turbio y parsimonioso”, es testigo y escenario de un conmovedor amor, pero también es depositario y tumba de masacres e injusticias en los relatos y crónicas de *La tierra del caimán* de Alfredo Molano Bravo y María Constanza Ramírez. Quizás no haya río más poderoso en la literatura que aquel río africano de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad: “[...] era tan fácil perderse en aquel río como en un desierto, y tratando de encontrar el rumbo se chocaba todo el tiempo contra los bancos de arena, hasta que uno llegaba a tener la sensación de estar embrujado, lejos de todas las cosas una vez conocidas..., en alguna parte..., lejos de todo..., tal vez en otra existencia”, cuenta aterrado Marlow, mientras se adentra en la selva a través de esas aguas espesas; si los mares de Odiseo o de Simbad eran atroces o despiadados, si los de Colón o Magallanes eran indomables, este río de Conrad adquiriría, como metáfora, un categoría superior: lo indescifrable; por eso, nos hipnotiza todavía. Al menos en nuestra literatura colombiana de viajes, esa

sigue siendo una de nuestras deudas: regresar a nuestros ríos, conocerlos más, narrarlos. Son nuestras aguas vitales.

### 3

Pensadores, humanistas de todas las épocas, filósofos, artistas, han tratado de responderse de dónde proviene esa necesidad apremiante de viajar, de moverse de un lugar a otro en busca de horizontes. Hans Blumenberg, en *Naufragio con espectador: paradigma de una metáfora*, se arriesga con una explicación provocadora: el hombre conduce su vida y la construye sobre tierra firme; sin embargo, también ha venerado la metáfora de la navegación arriesgada. No es que se conciba a la vida terrestre como una negación, sino que se necesita de la vida marina para poder completar la existencia en tierra. Y ese punto medio que es el puerto, umbral de tránsito entre el abismo y la planicie, entre la temeridad y la seguridad, representa la otra metáfora, decisiva y misteriosa: es allí donde la vida se mueve o se aquieta. Estar en el puerto y contemplar ese horizonte sin asidero, o entregarse a él, es lo que definiría un carácter, una forma de ser. No es gratuito que tres relatos fundacionales (los de Odiseo, Jasón y Eneas) se decidan en el mar, y que sea el mismo mar (los ríos y las aguas) el espacio de otros tantos relatos de viaje. Y solo por el gusto de arrastrar esas bellas y contundentes ideas de Blumenberg a la vida que vivimos todos los días, para darles un sentido carnal, diría que eso fue justamente lo que vi, a veces con naturalidad y a veces con estupor, en mis años de infancia en Urabá, donde nació, por esa carretera que atravesaba toda la región como una cicatriz, que se trataba de una tierra-puerto, entre caminos, montañas, ríos y mar (o golfo, para ser más preciso); que los que se iban de la región, aunque no volvieran, alimentaban esa trasgresión de límites; incluso, los que se quedaban o los que llegaban parecían comprender muy bien que en esa región-borde también florecían las raíces a pesar de

la historia de violencias. En fin, que la vida no para de moverse, aunque uno permanezca en un mismo pedazo de tierra (que luego otros podrán arrebatar, con papeles, armas o dinero). Y eso también lo vi, y lo sigo sintiendo todavía, porque crecí al lado de un río, en una finca del corregimiento de Zungo, Carepa, hoy en día casi ya sedimentado por la contaminación. Es extraña la sensación de un río: está ahí, en un mismo lugar, pequeño o desbordado, pero no se detienen sus aguas. Imagino que aprender de la naturaleza requiere de una observación que la mayoría hemos olvidado o nunca hemos tenido; no en vano, el pensamiento presocrático necesitó de tantas imágenes con el fuego, la tierra, el aire. A lo que voy es que, de niño, le preguntaba a Magnolia, la nana negra que me cuidó, que si el río dormía en la noche como los demás, que si descansaba de andar, y ella, sabia de la vida, me decía que sí, que hasta roncaba pasito, solo que lo hacía a raticos cuando no veía a nadie cerca. Por eso, cuando conocí la metáfora de Heráclito, muchos años después, no pude más que sonreír (pasito, también, para no ganarme burlas) ante una obligada pregunta: en qué río se bañaba tan respetado y “oscuro” filósofo, pues su río nunca se detenía, no dormía. Busqué la respuesta en Diógenes Laercio, pero ese chisme no estaba en sus *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, nadie le contó o en ninguna parte lo leyó, no aparecía el nombre de ese río. Sea como fuere, cómo restarle razón a Heráclito: los ríos son el movimiento, son la vida. Ellos mismos son el viaje. Y el Amazonas y el Zungo conforman mi relato.

### Nota

- 1 No sabes, ve despacio con esos animales que te pueden caer mal.

Juan Felipe Restrepo David. Candidato a doctor en Humanidades, Universidad EAFIT.